

**BAUDOIN**

# **TRAVESTI**

**DE MIRCEA CĂRTĂRESCU**



**IMPEDIMENTA**

ESTOY EN BUCAREST. ES MAYO DEL 2006. PASEO POR LAS CALLES DE LA CIUDAD, HAGO DIBUJOS, SACO FOTOS. PASEO POR BUCAREST EN 2006 E INTENTO IMAGINARLA EN 1973, EL AÑO EN QUE VICTOR TENÍA DIECISIETE AÑOS. CUANDO VICTOR TENÍA ESA EDAD, YO TENÍA TREINTA Y UN AÑOS, VIVÍA EN NIZA Y TENÍA DOS HIJOS.

PASEO POR BUCAREST Y PIENSO: ¿PISARÍAN LAS SUELAS DE LULU O LAS DE VICTOR O LAS DE MIRCEA CĂRTĂRESCU ESTA MISMA ACERA QUE HOY ME PARECE TAN ANTIGUA? ¿SE DETENDRÍAN SUS OJOS EN ESTA FACHADA?

TRABAJO EN UN LIBRO DE MIRCEA CĂRTĂRESCU, «LULU» EN LA EDICIÓN FRANCESA Y EN LA ESPAÑOLA, «TRAVESTI» EN LA RUMANA. ME GUSTA MÁS EL TÍTULO DE «TRAVESTI». CUANDO ESCRIBES, NO PUEDES DEJAR DE TRAICIONAR LA VERDAD, DE TRAVESTITELA. Y YO TRAICIONO UNA TRAICIÓN.

A ESA EDAD, LOS DIECISIETE, YO ENVIDIABA A LOS JÓVENES EN SILLA DE RUEDAS. ME DECÍA QUE DE SER MINUSVÁLIDO NO QUERRÍA IR A LOS BAILES Y SACAR A BAILLAR A LAS CHICAS. QUE ASÍ ME VERÍA OBLIGADO A DIBUJAR TODOS LOS DÍAS QUE ME QUEDASEN DE VIDA. EN AQUEL ENTONCES PASEABA MI ENFERMEDAD POR NIZA, LE CLÉZIO AÚN NO HABÍA ESCRITO «EL ATESTADO» Y TODAVÍA EXISTÍA LA CIUDAD. LOS RICOS REIVINDICABAN SUS RIQUEZAS Y LOS OBREROS SU CULTURA DE OBREROS.

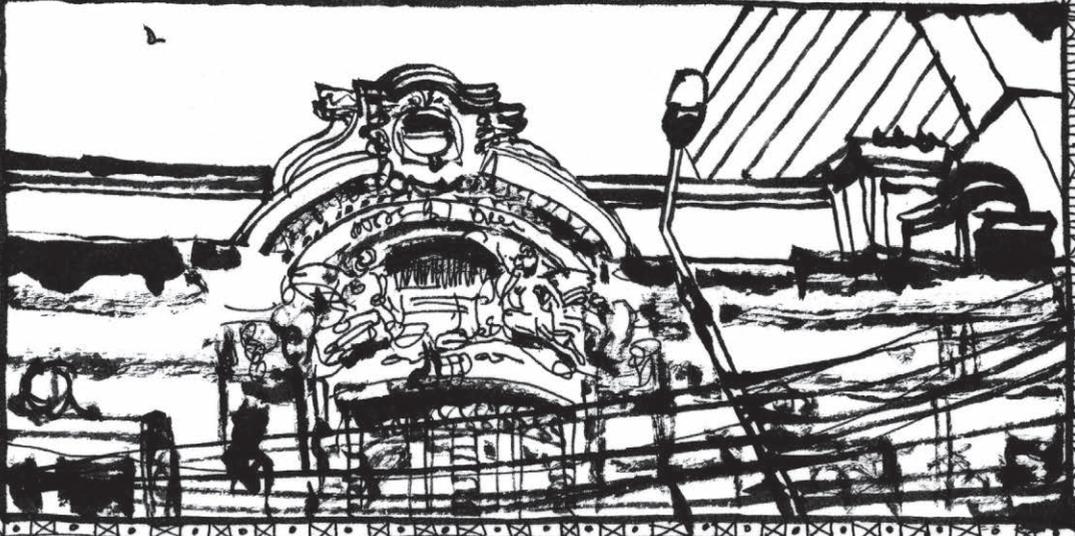
EN 1973, BUCAREST AÚN NO HABÍA SIDO DESFIGURADA POR UN HOMBRE QUE SE REGALARÍA EL PODER.



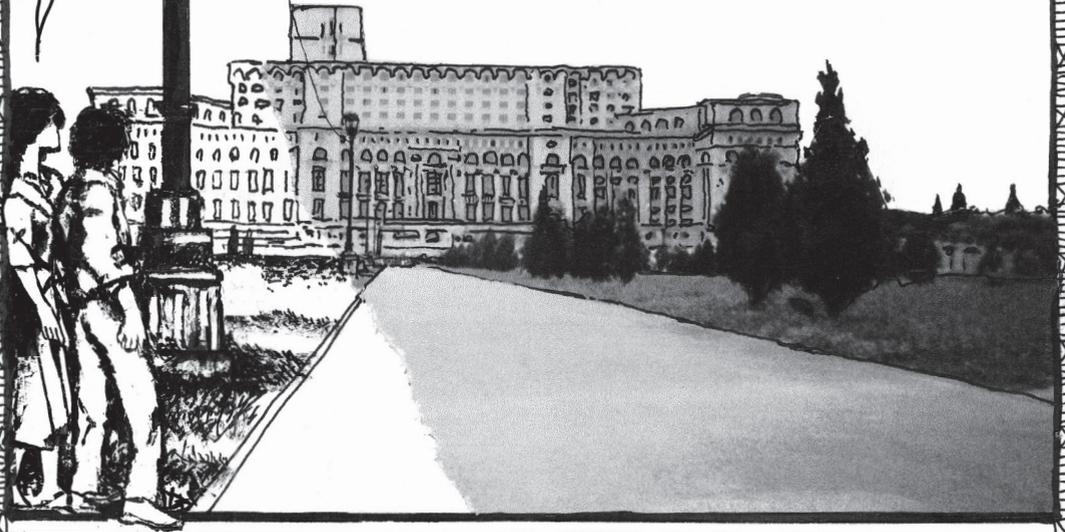


«TRAVESTI»... LAS PRIMERAS LÍNEAS DEL LIBRO DICEN: «Amigo, ¿cómo lucho contra mi quimera?»... «¿Cómo escapo a ese carmin que se extiende por mi vida como por un espejo?».

PASEO POR BUCAREST EN 2006 E INTENTO IMAGINÁRMELA EN 1973, EL AÑO EN QUE MIRCEA CĂRTĂRESCU TENÍA DIECISIETE AÑOS. EN AQUELLA ÉPOCA YO TENÍA TREINTA Y UNO, Y MI CIUDAD ERA NIZA, EN FRANCIA. BUSCO RETAZOS DE UNA CIUDAD QUE YA NO EXISTE, REMONTARME A UN TIEMPO QUE YA NO ME PERTENECE, LUCHAR CONTRA MI PROPIA QUIMERA, HACIÉNDOME AMIGO DE LA DE MIRCEA... ¿O ES LA DE VICTOR?



NO, ESTA «GOSA», COMO TÚ LA LLAMAS, NO EXISTIA EN 1973. LA INAUGURÓ CEAUȘESCU EN 1984. PERO POR ENTONCES ESTABA SIN TERMINAR... PUEDE QUE ESTA «GOSA» NO TERMINE DE CONSTRUIRSE NUNCA.



«TRAVESTI» NO ES LO QUE SE DICE UNA NOVELA «AUTOBIOGRÁFICA». MIRCEA CĂRTĂRESCU ESCRIBE «YO» ESCONDIDO TRAS UNA MÁSCARA. ESA MÁSCARA TIENE UN NOMBRE: VICTOR. ES VICTOR, PUES, QUIEN SE IMAGINA COMO UN FUTURO GENIO MALDITO.

EN EL LIBRO, VICTOR ES OBSERVADO CON OJO CRÍTICO POR SÍ MISMO CONVERTIDO EN UN NOVELISTA DE ÉXITO... DICHO ASÍ, LA COSA PARECE SENCILLA. DE NO SER POR LULU, «ESE CARMÍN QUE SE EXTIENDE POR MI VIDA COMO POR EL ESPEJO», DE NO SER PORQUE EL VICTOR ADOLESCENTE SIGUE VIVIENDO EN EL VICTOR ADULTO, DE NO SER PORQUE VICTOR TIENE UNA HERMANA QUERIDA Y DESAPARECIDA, DE NO SER...



... NO SÉ CÓMO ME LAS VOY A ARREGLAR.



QUÉ VA, ES MUY SENCILLO. PON A MIRCEA OBSERVANDO A SU VICTOR IMAGINARIO, UN ESCRITOR QUE MIRA A SU ADOLESCENTE IMAGINARIO, QUE A SU VEZ EXAMINA A MIRCEA EN UN ESPEJO. MIENTRAS TÚ ESPÍAS A TODOS ESOS SERES IMAGINARIOS, ADEMÁS DE A LOS TUYOS...

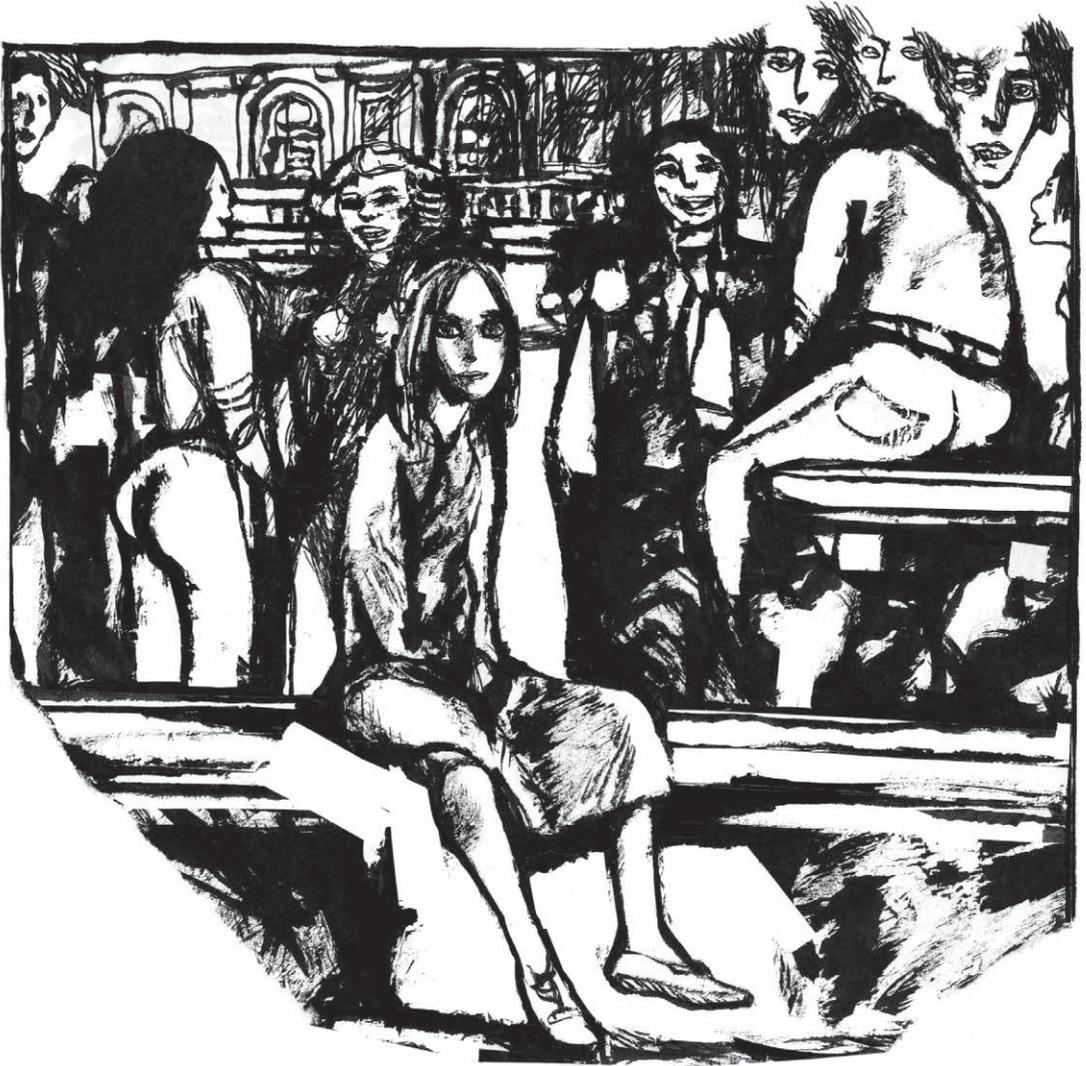
¿LAS MONTAÑAS AZULES DEL FONDO SON LOS CÁRPATOS?

SÍ.

¿FUE POR ESTA CARRETERA POR DONDE PASÓ EL COCHE QUE LLEVÓ A VICTOR Y A LULU A LA COLONIA DE VACACIONES DE BUDILA?



SEGURAMENTE.



Muy temprano, una mañana helada, una de esas mañanas en que los pájaros cantan y las ramas de los árboles resplandecen doradas, nos citamos en el patio del colegio, bajo una canasta de baloncesto, a la espera del autocar que nos conduciría hasta Budila. Guardo un recuerdo divertido y algo nostálgico de mis compañeros, igual que recuerdo que, en aquella época tan curiosa, la época del rock y de los magnetófonos, de los rebeldes sin causa, esos mismos compañeros me horrorizaban. Eran para mí como una hidra hostil, o como una sociedad secreta a la que nunca me permitirían pertenecer. Me sublevaban su estupidez y su vulgaridad. En realidad, su existencia obedecía al espíritu de aquellos tiempos y, más allá de sus pijoterías de niños mimados, no eran sino crios eternos, amorfos, trastornados por un diluvio hormonal del que acabarían saliendo en cinta transportadora: ingenieros, economistas y conductores de camión cisterna, todos tan serios y tan responsables. Mientras que de mí no saldría nada de provecho, aunque yo me viera como el producto final y absoluto de la Humanidad.

Pero es que yo era un hombre del espíritu, y ellos de la carne; yo era el que leía, meditaba y un día escribiría un libro llamado a refundar el mundo; ellos los que, felices y cretinos, vivirían una existencia propia de las plantas. Lo que más me atormentaba era no estar en situación de despreciarlos, pese a la distancia que yo había establecido entre ellos y yo, una distancia total, violenta e impermeable.



La sonrisa de superioridad con la que me enfrentaba a ellos casi siempre me salía torcida.



YA VES QUE ME MANTENGO AL MARGEN, IGNORADO POR LOS QUE HABLAN DE ROPA Y CANTAN ESTUPIDECES.

¿Y SAVIN?

ES EL CRETINO QUE LLEVA EL JERSEY ANUDADO AL CUELLO. EL QUE SE DA AIRES DE ESCRITOR Y HABLA DE SCHOPENHAUER.

¿Y CLARA?

LA GUAPA SENTADA EN EL MURO.

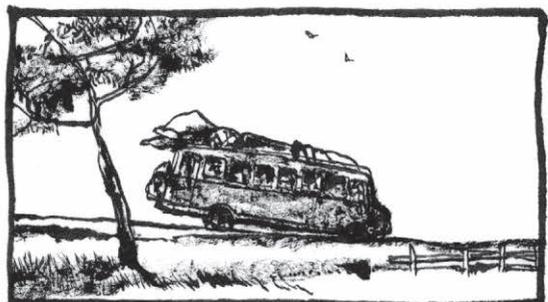
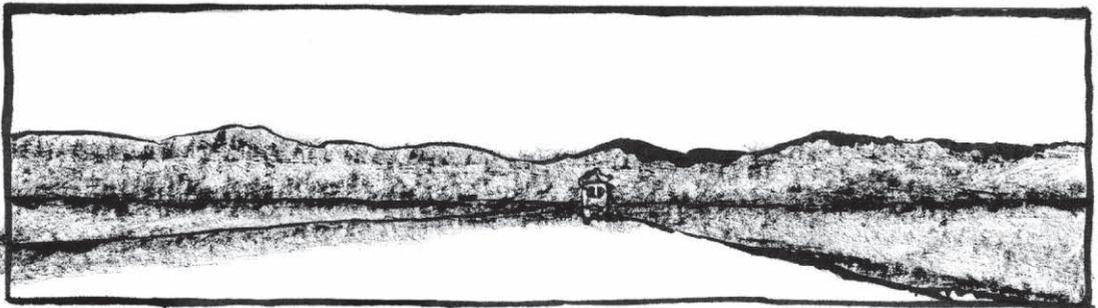
Era la primera vez que salía de la ciudad, y me resulta muy difícil no escribir sobre el tema un poema apocalíptico, en vez de una historia con un mínimo de coherencia.



Lulu había llegado en compañía de la criatura más demente que he conocido nunca, Bazil, un tipo de mirada desquiciada y sonrisa maligna y húmeda. Tan pronto como aparecieron, agarraron a dos chicas y empezaron a bailar con ellas un tango apasionado. Los chicos y las chicas más emancipadas se limitaron a gritar las cosas más zafias que se les pasaban por la cabeza. Las canciones continuaron en el autocar. Yo viajaba en un asiento de plástico junto a Savin, que se limitaba a sonreír con aires de superioridad... Mientras que Clara, sentada a su lado, era la única en mostrar cierta expresión de disgusto.



Como siempre, me sentia excluido del mundo de mis compañeros, y presentia que el único futuro posible para mi tendria como escenario una buhardilla con apenas una silla, una mesa y una cama, en la que me pudriria de por vida. Una vida breve, de cuarenta años como mucho, durante los cuales escribiria una novela inacabada e ilegible, que a mi muerte encontrarían junto a mi cadáver, pero que contendría el Todo, toda la verdad sobre la existencia y la inexistencia, y que comprendería el mundo entero con todos sus detalles y su sentido último.



Y luego hubo más chistes, y más canciones, hasta que el autocar se detuvo en el extenso patio de la colonia de Budila...

Allí se alzaba la mansión. Nada más verla, me senti feliz, incluso diría que encantado: reconocía en ella a uno de esos extraños edificios tan típicos de Bucarest, y, puesto que me era imposible saber cómo había llegado hasta ahí, me pareció una prueba de que mi soledad me perseguía allá donde fuera.



¿ESTE ESTANQUE ERA EL FAMOSO VIVERO POBLADO DE GRANDES PECES, EL QUE VÍCTOR VISITABA CADA NOCHE? ¿EL DE LA ESTATUA DE COBRE EN EL CENTRO?



La piscina estaba llena de un agua fétida donde flotaban cortezas de árbol y algas rodeadas de una espuma viscosa.

En cuanto a la estatua, al principio te parecía una ninfa de bronce de lo más vulgar... Solo que su cara, ligeramente inclinada sobre un hombro, no mostraba la típica expresión de pudor cómplice e incitador...

El rostro de la ninfa expresaba más bien terror y repulsión... El espanto y el asco de su expresión emanaban, evidentemente, de los torturados corredores del recuerdo.

¿QUÉ HABRÁS VISTO O VIVIDO EN TU PASADO DE BRONCE PARA QUE ESE TERRIBLE RECUERDO SE GRABARA DE ESTE MODO EN EL METAL DE TU ROSTRO?



Al instalarnos, nos encontramos con los típicos dormitorios propios de un internado. En cada uno debía de haber como diez cates... Las chicas en la segunda planta, los chicos en la primera y los chavales —porque con nosotros venían crios de primaria— en la planta baja... Aquella misma noche decidí quedarme solo en el dormitorio, libro en mano... Pronto llegó a mis oídos la brusca explosión de la música. Todos se habían ido a la discoteca.



Los chicos, acalorados por el baile, entraban de vez en cuando para descansar y se sorprendían al verme ya en pijama. Habían comprado una botella de coñac que vaciaron mientras hablaban de chicas.



También se pasó Bazil.



Y luego estaba Lulu, siempre colérico, que entraba sin mirar a derecha ni a izquierda, con un cigarrillo en los morros, rebuscando bajo la mesita de noche para coger algo antes de salir pitando por la puerta.

Una o dos veces vi a una chica asomar la cabeza por la puerta:

En los altavoces, una voz cálida cantaba algo sobre

«The Summer of Nineteen Sixty Nine».



Qué extraña mezcla de desprecio y adulación sentía por aquellos imbéciles sublimes dedicados a mecer entre sus brazos a las chicas en la oscuridad de la discoteca.

ME HUBIERA GUSTADO TANTO ESTAR TAMBIÉN ALLÍ, SER LO BASTANTE QUERIDO COMO PARA QUE UNA CHICA POSARA EN MI HOMBRO SU CABEZA DE PERFUMADOS CABELLOS, SUSURRÁNDOME NADERIAS MIENTRAS SEGUÍAMOS MECIÉNDONOS... BESARLE EL LÓBULO DE LA OREJA... NOTAR MIS MANOS POSADAS EN LA PIEL CÁLIDA DE SU TALLE.

NO ME HABRÍA ACOSTADO, HABRÍA IDO A LA DISCOTECA, CON LA CERTEZA DE MI FUTURA DERROTA, LA SEGURIDAD DE QUE NINGUNA CHICA POSARÍA SU CABEZA DE PERFUMADOS CABELLOS EN MI HOMBRO. Y LUEGO HABRÍA VUELTO A LA CAMA, OTRA VEZ CON LA PRUEBA DE MI INEXISTENCIA.

PERO NO TENIA DERECHO A MALGASTARME EN RITOS SEXUALES, TENIA QUE CONVERTIRME EN ESCRITOR, NECESITABA VIVIR MI DESGRACIA EN TODA SU INTENSIDAD. SOLO TENIA HASTA LOS TREINTA AÑOS PARA SER TODO O NADA.





PENSÉ EN MI HERMANA, EN SU MUÑECA DE TRAPO... ENTONCES UNA CHICA ASOMÓ LA CABEZA POR LA PUERTA, Y LE RECITÉ EN VOZ ALTA LOS VERSOS DE UN POEMA MALÍSIMO. YO ESTABA LLORANDO. SALÍ DE LA CAMA Y CORRÍ HASTA EL ESPEJO DE ENCIMA DEL LAVABO. ME MIRÉ. SOPLÉ A MI REFLEJO Y ESCRIBÍ EN EL CRISTAL CON UN DEDO:

**DESAPARECE.**

TENÍA TREINTA Y CUATRO AÑOS CUANDO ESCRIBÍ «TRAVESTI», Y POR ENTONCES AÚN ESTABA CERCA DE MIS DIECISIETE. JUSTO EL DOBLE. MI HISTORIA PROGRESABA DESPACIO: LA HERIDA TODAVÍA ERA PROFUNDA, NO ESTABA SEGURO DE PODER SEGUIR ESCRIBIENDO AL DÍA SIGUIENTE.

PARA ESCRIBIR ESA NOVELA, HUI DE BUCAREST, ME AISLÉ EN LAS MONTAÑAS, EN CAMPĂTU.

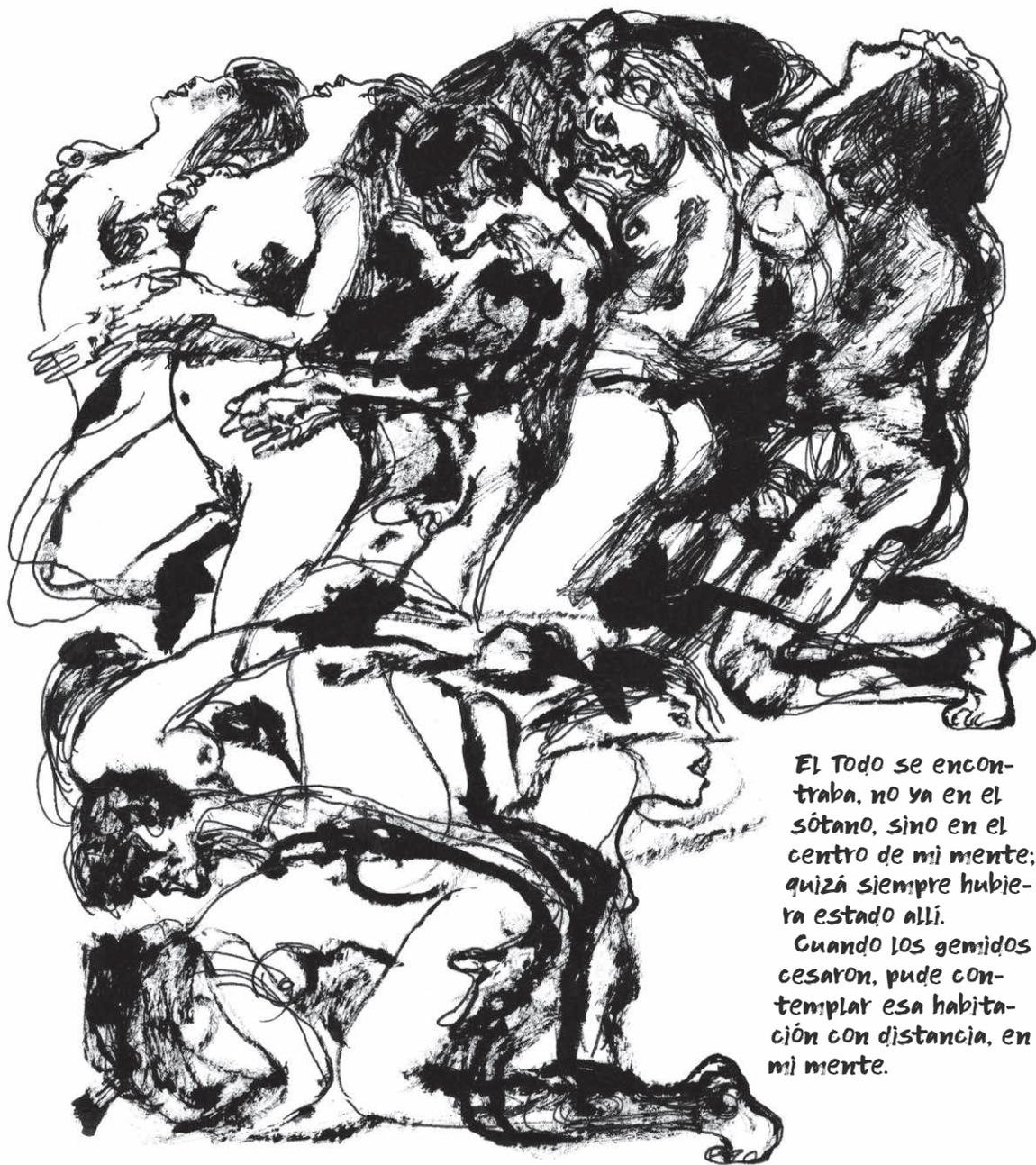


*Un día tuve una hermana pequeña.*



Ese espacio en las montañas, aunque desierto, parecía acumular los acontecimientos, difuminarlos, borrar los límites.

Apenas había apagado la luz cuando, levitando en una ensañación hipnótica, escuché ruidos. Provenían de abajo, de debajo del suelo, de una habitación situada en el sótano de la casa. Allí, sobre una cama, dos amantes se envolvían el uno al otro, se penetraban, se mordían. Podía verlos con toda claridad en mi imaginación.



El Todo se encontraba, no ya en el sótano, sino en el centro de mi mente; quizá siempre hubiera estado allí.

Cuando los gemidos cesaron, pude contemplar esa habitación con distancia, en mi mente.